

cación de Nuestra Señora del Puerto. Dirijamos nuestro espíritu á ese templo para pedir á María que nos preserve de los escollos de esta vida y nos lleve al puerto de la bienaventurada eternidad. Rogad por nosotros, oh Madre nuestra del Puerto.—ASÍ SEA.

ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

—
DIA TREINTA
—

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Quis dabit mihi pennas sicut columbæ, et volabo, et requiescam.

Psalm., LIV, 7.

Ecce tu pulchra es, amica mea, ecce tu pulchra es, oculi tui columbarum.

Cant., I, 15.

Multæ filiæ congregaverunt divitias, tu supergressa es universas.

Prov., XXXI, 29.

Concupiscit rex decorem tuum, quoniam ipse est Dominus Deus tuus et adorabunt eum. Vultum tuum deprecabuntur omnes divites plebis.

Psal., XLIV, 10.

Benedicta tu in mulieribus: invenisti enim gratiam apud Deum.

Luc., I, 28.

In plenitudine sancta admirabitur, et in multitudine electorum habebit laudem, et inter benedictos benedicetur.

Eccli., XXIV, 3.

Quid mihi est in caelo, et a te quid volui super terram? Defecit caro mea et cor meum: Deus cordis mei, et pars mea in aeternum.

Psal., LXXII, 24.

Mihi vivere Christus est, et mori lucrum.

Philipp., I, 21.

Scio quia secundum expectationem et spem meam in nullo confandar.

Ibid.

Desiderat anima mea ad te Deus. Sitivit anima mea ad Deum fortem, vivum. Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?

Psal., XLI, 23.

Veni in hortum meum, soror mea sponsa; messui myrrham cum aromatibus meis.

Cant., V, 1.

Jam hiems transit: surge amica mea, speciosa mea et veni: ostende mihi faciem tuam, facies enim tua decora.

Id., II, 11.

Gloria filiae regis ab intus. In fimbriis aureis circumamicta varietatibus.

Psal., XLIV, 10.

Tota pulchra es amica mea, et macula non est in te: odor vestimentorum tuorum sicut odor thuris.

Cant., IV, 7.

Qui non inquinaverunt vestimenta sua ambulabunt mecum in albis, quia digni sunt.

Apoc., III, 4.

Qui creavit me requievit in tabernaculo meo et dixit mihi: Inter electos meos haereditare; et sic in Sion formata sum.

Eccli., XXIV, 12.

Respexit humilitatem ancillae suae: ecce ex hoc beatam me dicent omnes generationes: quia fecit mihi magna qui potens est.

Luc., I, 47.

Convertisti placitum meum in gaudium mihi, conscidisti saccum meum, et circumdedisti me laetitia.

Psal., XXIX, 14.

Propter innocentiam suscepisti me, et confirmasti me in conspectu tuo in aeternum.

Psal., XL, 13.

In plenitudine sanctorum detentio mea: quasi cedrus exaltata sum in Libano, et quasi cypressus in monte Sion.

Eccli., XXIV, 17.

Tu, Domine, susceptor meus es; gloria mea et exaltans caput meum.

Psal., III, 3.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Hoy, al subir la gloriosa Virgen al cielo, colma la dicha de los bienaventurados; porque es la misma que un día con una simple palabra de salutación hizo estremecer de gozo á una criatura que estaba encerrada aun en el seno de su Madre. Si el alma de un niño que no nace aun salta de alegría al oír la voz de María, ¿qué no harían los habitantes del cielo al oír la voz de María, al contemplar su hermosura y gozar de su presencia? ¡Cuántas razones nos obligan, hijos míos, á celebrar con amor esta fiesta de la Asunción de María y festejarla con manifestaciones de contento! La nueva gloria de María inunda de gozo al mundo entero de modo que el paraíso recibe un nuevo brillo por los rayos que sobre él proyecta esta lámpara virginal. No sin razón se oyen resonar en el cielo los cánticos de alabanza y los himnos de acción de gracias. (*Bernard, in Asumpt. B. M. V. serm. 1*).

II. Creo que más que arranques de alegría debe sentir nuestro corazón sentimientos de tristeza, porque la que se recibe en el cielo con tanto contento es precisamente la que ha perdido la tierra. Sin embargo, no nos dejemos abatir por la tristeza, porque tampoco es permanente nuestra morada en la tierra y caminamos hacia la mansión en

donde ha penetrado hoy María. Si merecemos ser admitidos como habitantes de esa nueva patria, se nos permitirá que desde el fondo de nuestro destierro, aun cuando sea en las orillas del río de Babilonia, pensemos en ella, y tomemos parte en sus goces y en su dicha, hoy sobre todo que la ciudad de Dios se ve inundada por un río de alegría con la presencia de María, para que caigan sobre nosotros algunas gotas de esas aguas que regocijan el corazón de los ángeles. Nuestra reina nos ha precedido, y ha sido tan hermosa la acogida que le han hecho, que sus humildes servidores la siguen exclamando entusiasmados: «Vuestros perfumes nos arrastran y corremos á vuestro encuentro.» (*Id. Ibid.*)

III. Los pobres desterrados de la tierra han enviado por delante una abogada que en su cualidad de Madre del juez y de Madre de la misericordia, hallará en sus súplicas bastante fuerza para defender con eficacia el negocio de nuestra salud. La tierra ha enviado al cielo un embajador extraordinario que, encargado de negociar un asunto importante, llevará á buen término un tratado de alianza que unirá al hombre con Dios, al cielo con la tierra, las más elevadas alturas con las más profundas sinuosidades de la tierra. Al subir al cielo hará la bienaventurada Virgen donativos preciosos á los hombres. ¿Por qué no ha de ser generosa? No le faltan para ello ni el poder ni la voluntad. Es reina de los cielos y madre de misericordia; es, en fin, Madre del Hijo único de Dios. Nada puede darnos una idea más exacta de su poder y amor por nosotros que este último título, á menos que nos neguemos á creer que el Hijo de Dios ha preparado grandes cosas para su Madre. ¿Quién podrá dudar, pues, del amor de María, cuando recordamos que el Dios de amor vivió nueve meses en su seno? (*Id. Ibid.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

I. El cuerpo sagrado de María, el trono de la caridad, el templo sagrado de la sabiduría encarnada, el órgano del Espíritu Santo y silla de la virtud del Altísimo, no pudo permanecer en su sepulcro. El triunfo de María hubiera sido incompleto, si se realizara sin la carne que fué la cuna de su gloria.

La santa virginidad obró tres maravillas en el cuerpo virginal de María.

I. La santa virginidad preservó el cuerpo de María de la corrupción del sepulcro, y conservó su ser.

El cuerpo del hombre es carne del pecado: *Caro peccati*, como dice San Pablo. Por esto debe ser destruida, inclusa la de los elegidos, porque en su condición de carne del pecado, no merece unirse con una alma bienaventurada ni entrar en el reino de Dios. Preciso es, por lo tanto, que cambie su primera forma para recibir otra de manos del mismo Dios. Pero la carne de María era pura toda ella y por lo mismo debió conservar su primer ser y permanecer incorruptible.

II. La santa virginidad atrae sobre María una influencia celeste que la hace resucitar antes del tiempo, volviéndole así la vida.

Aunque Dios señaló un término común para la resurrección de todos los muertos, tuvo razones particulares que le obligaron á adelantar el tiempo en favor de la Santísima Virgen. Jesús amó esa carne hasta el grado de encerrarse en ella durante nueve meses, hasta el grado de incorporarse con ella. No la dejará por lo tanto, en el sepulcro, sino que la trasportará al cielo coronada de gloria inmortal.

III. La santa virginidad derrama sobre María una luz divina y le da la gloria.

Dos cosas forman parte de su triunfo: la gloria de su alma, por el amor; la gloria de su cuerpo, por el reflejo de la de su alma. La sagrada Escritura escoge las frases más extraordinarias para darnos una idea de esto de una manera brillante. No halla que el mundo tenga bastante luz y ha recurrido á cuanto tiene la naturaleza de más luminoso. La pinta con la luna á sus pies y coronada de estrellas; el sol le sirve de manto y todo esto ha sido necesario para describir su cuerpo virginal.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Contemplad con los ojos del Espíritu al Hijo de Dios haciendo su Ascensión y á la Virgen su Madre en su Asunción. En la Ascensión del Hijo se descubre más excelencia y majestad; pero casi puede decirse que hay en la Asunción más gloria. Con efecto, el Salvador se remontó á los cielos con su propio poder, como Rey, Criador y Soberano de los ángeles; ofrecieronle éstos su adoración, mas no su auxilio. Cuando María ascendió, fué por gracia y voluntad de Dios, sobre las alas de los ángeles, en medio de sus gloriosas falanges, y no obró este triunfo la naturaleza, sino la gracia. Por esto se da á este día el nombre de Asunción y al otro el de Ascensión, porque uno es el poder y otro la misericordia, y sólo el Criador á quien obedece la naturaleza toda, pudo conceder á su madre un privilegio tan admirable. — (S. Pedro Damas., *serm. sobre la Asunción*).

II. El mismo día de la muerte de la bienaventurada Virgen María, ó según algunos autores, el tercer día después, vino su Hijo con toda la corte celestial, reunió su alma santa con su cuerpo, la llamó con esa voz dulce y majestuosa que no puede imitar ninguna voz humana, y le dijo: Venid del Líbano para que seáis coronada. *Veni de Libano, veni, coronaberis*. Despertada como de un sueño apacible por las palabras de su amado, se levantó de su sepulcro más brillante que el sol, más hermosa que la luna y semejante á una reina gloriosa saliendo de su lecho nupcial, adornada de todas sus joyas y piedras preciosas y engalada con sus más ricas vestiduras para ser presentada á su esposo. Se elevó en los aires gloriosa é inmortal, en medio de los trasportes de gozo de los ángeles y de los conciertos de la corte celestial, y fué colocada por su divino Hijo en un trono

sobre todos los coros de los ángeles. — (Santo Thomas de Villanueva, *serm. 4 sobre la Asunción*).

III. La santa virginidad fué como un bálsamo divino que preservó de la corrupción el cuerpo de María. Os convenceréis de esto si meditáis detenidamente acerca de la perfección de su pureza virginal. Para formarnos de ello una idea, sentemos como principio que estando Jesucristo Nuestro Salvador tan estrechamente unido según la carne con la Virgen, esta unión particular debía ir necesariamente acompañada de una conformidad completa. Jesús buscó á un semejante suyo; he aquí porque quiso este esposo de las vírgenes tener por madre á una virgen, para establecer esta semejanza con el fundamento de esta unión. De esto debemos deducir que siendo pura la carne de la Virgen, era por lo mismo incorruptible. Por lo mismo debió recibir una resurrección anticipada; porque aunque Dios ha señalado un término común para la resurrección de todos los muertos, hay causas particulares que pudieron obligarle á adelantar el tiempo en favor de la Santísima Virgen. El sol no produce los frutos sino en su debida estación; pero vemos algunos terrenos tan perfectamente cultivados, que la vegetación se precipita en ellos. También hay árboles exuberantes en el jardín del Esposo, y la santa carne de María estaba harto bien preparada para que debiese esperar el tiempo ordinario para producir fruto de inmortalidad. Su pureza virginal le atrajo una particular influencia. Su conformidad con la voluntad de Jesucristo la dispuso para recibir un efecto más pronto de su virtud vivificante, y ciertamente podría atraerse su virtud, puesto que se lo atrajo á él mismo. Vino en esta carne, encantado de su pureza; le ha amado hasta el grado de encerrarse en ella nueve meses, é incorporarse en ella, como dice Tertuliano: *In utero radicem egit*. No podía, pues, dejar en el sepulcro una carne que tanto amó, sino que la trasportó al cielo, adornada de una gloria inmortal. — (Bossuet, *serm. 1 de la Asunción*).

IV. La santa virginidad servirá para dar á María este traje de gloria. Veamos la razón: Jesucristo nos presenta en su Evangelio la gloria de los cuerpos resucitados en estas palabras: "Serán como los ángeles de Dios." *Erunť sicut angeli Dei*; por esto hablando Tertuliano de la carne resucitada, la llama angelizada: *Angelificata caro*. La que puede entre todas las virtudes cristianas producir mejor efecto, es la virginidad; ella es la que forma ángeles en la tierra; de ella es de quien ha dicho San Agustín estas hermosas frases: *Habet aliquid jam non carnis in carne*. Tiene en la carne algo que no es carne, y que participa más bien del ángel que del hombre. La que forma ángeles en esta vida podrá bien formarlos en la otra. Tengo, pues, razón al aseguraros que tiene una virtud particular para contribuir en el último tiempo á la gloria de los cuerpos resucitados. Júzguense cuál será el brillo y esplendor que rodeará á María, que es superior en pureza á los mismos serafines. Por esto busca la Sagrada Escritura las palabras más escogidas para presentarnos este gran modelo. Apenas halla en las cosas del mundo algo que pueda darnos la idea que quiere presentarnos; ha debido recurrir á cuanto contiene la naturaleza de más luminoso.

Ha puesto la luna á sus pies, sobre su cabeza las estrellas y al sol inundándola con sus rayos: *Mulier amicta sole*. Toda esta gloria ha sido necesaria para adornar su cuerpo virginal.—(Id. *Ibid*).

V. Venerable es el día de hoy, hermanos míos, y es al mismo tiempo la más bella de las solemnidades de los santos. Este es un día célebre, día brillante, día en el que según nuestras creencias, dejó María este mundo para subir á gozar de su gloria. Cante el mundo entero alabanzas, y alégrese la tierra que se ilumina al pasar la Santísima Virgen, ¿No sería indigno de los cristianos que lo dejáramos pasar sin celebrar la fiesta de la que nos dió al Autor de la vida? Y puesto que celebramos las fiestas de las víctimas y de los mártires, ¿no debemos preferir sobre todos á la que nos dió al primero de los mártires? Hoy es el día memorable en que la bienaventurada Virgen dijo á su esposo estas palabras del Salmista: Me llevasteis de la mano y me condujisteis según vuestros deseos y vais á recibirme en vuestra gloria. También es hoy el día en que su Esposo divino, su Hijo y su Señor, le dijo: «El invierno ha pasado ya y se ha disipado la lluvia: levántate, amada mía, esposa mía, paloma mía y vente conmigo.—(S. Agustín, *Serm. in Assump. B. M. V.*)

VI. Después de su Ascensión no se consideraba Jesucristo completo en su gloria, mientras no estaba con Él en el cielo aquella de quien había sacado su cuerpo y su sangre. Sentía en su corazón un ardiente deseo de tener á su lado y colmar de gloria este vaso de elección, es decir, el cuerpo de esta Virgen incomparable, que fué el objeto de sus complacencias y en el que estableció la divinidad su santuario; santuario adornado de todas las virtudes, lleno de todas las gracias y embalsamado con todos los perfumes celestiales.

En su seno virginal fué, en efecto, donde hizo el Espíritu Santo esta composición de incienso, este inefable y misterioso *Tymiana* que el Cristo, pontífice de los bienes venideros, presentó á su padre en la cruz en el sacrificio de la tarde. Por este incienso de agradable olor respira la santa madre de Dios los celestiales perfumes y goza de inefables delicias.—(V. *Petr. Blessm., serm. de Assump. XXXIII*).

VII. Esta tradición nos enseña que la Virgen María vivió mucho tiempo sobre la tierra, después de la Ascensión de su divino Hijo, unos veintidós años, edificando á la Iglesia de Jerusalén, y acabando, en la vida más humilde y resignada, de allegar aquel tesoro de méritos cuyo galardón debía recibir. Llegada á la edad de setenta y dos años estalló súbito el rumor de su fin en el silencio de su vida, y reunió, junto á su lecho, á los apóstoles dispersos ya para la conversión del Universo. Allí se les mostró una visión angélica, y una celestial melodía de estas potestades superiores acompañó al seno de Dios el alma de la Virgen Santísima. Entretanto su cuerpo, aquel cuerpo purísimo, que había recibido, para darnoslo, al mismo Dios, conducido entre los cánticos de los ángeles y de los apóstoles, fué depositado en Getsemaní. Tres días después, como los apóstoles no hubiesen aun dejado el virginal sepulcro, el apóstol Tomás, que volvía de más lejos que los otros y no había podido asistir á la muerte y

á la traslación del cuerpo de María, pidió que se le permitiera contemplar y honrar por última vez aquel templo de Dios. Abrióse el sepulcro, pero ya no estaba allí el cuerpo: sólo se encontraron los lienzos en que había sido envuelto, de los cuales se exhalaba á lo lejos celestial fragancia. Sobrecogidos de admiración á vista de aquel misterio, los apóstoles, asistidos del Espíritu Santo, lo interpretaron de esta manera: Que Aquel á quien plugo encarnarse en el immaculado seno de María, el Verbo de Dios, el Señor de gloria, que ni aun por su nacimiento había querido sufriera lesión la original entereza de aquel cuerpo, habiase complacido, después de su propia Ascensión, en trasladarlo, incorruptible é immaculado á la gloria, sin hacerle esperar la común y universal resurrección de los escogidos.—Junto con los apóstoles se hallaban presentes á este gran acontecimiento el primer obispo de Efeso Timoteo, y Dionisio el Areopagita, quien habla de ello en sus escritos.—(Nicolás, *la Virgen, según el evangelio, cap. XXII*).

VIII. Había sido predicho que el sepulcro del Salvador, sería glorioso y que el Santo de Dios no vería la corrupción. ¿Nada dijeron los oráculos divinos acerca del sepulcro de María? Su virginal maternal fué predicha de una manera formal, explícita y solemne, porque tal debía ser el carácter particular de un nacimiento divino. ¿Anunció, empero, el Espíritu Santo, valiéndose de figuras, el triunfo que debía coronar las largas pruebas porque debía pasar la Virgen madre?

Si sólo meditamos sobre la suerte de su alma, no puede dudarse de que una vez desprendida del cuerpo, recibió una recompensa inmediata. No era, sin embargo, difícil hallar en las santas Escrituras un rayo precursor de su gloria corporal. «Toda la gloria de la hija del rey está en su interior.» (Salm., XLIV, 14). El cántico hizo oír las dulces invitaciones del esposo á la esposa sin mancha, á la amiga, á la única, á la paloma oculta en las concavidades de la peña (Cant. II, 14), á la que vió llena de delicias apoyada sobre su amado. (Cant. VIII, 5). Pero nada indica sobre la fecha de esta muerte. Era preciso que este suceso abriese los ojos de los neófitos del evangelio, y que les enseñase también que la madre de Dios no vería la corrupción del sepulcro.

Pocos días habían pasado de los funerales de María, cuando su enteraabierto sepulcro no presentaba á las miradas de todos más que un paño mortuario, así como el día de la resurrección no presentaba el sepulcro de Jesucristo á los ojos de Pedro y de Juan, más que un sudario. ¿Había sido robado el cuerpo? ¿Pero con qué fin? ¿Quiénes podían ser los autores de semejante acción? ¿Sería la Sinagoga? Ningún interés podía tener en ello. ¿Sería el gobernador romano? Este ignoraba su muerte como ignoró su vida. ¿Sería cosa de la política? Otras cuestiones distintas y rebeliones amenazadoras la distraían de pensar en el cadáver de una pobre mujer enterrada sin pompa. ¿Lo habían hecho los cristianos? A ser ellos hubieran guardado con celoso afán y venerado tan preciosas reliquias, puesto que con tanto amor han legado á la posteridad uno de sus vestidos y su velo. Al recordar el celo audaz con que recogían los primeros cristianos á

precio de oro y disputaban á la matadora espada los restos ensangrentados de los mártires, el religioso respeto con que los llevaban á los sepulcros, abiertos muchas veces bajo el altar mismo del sacrificio, el culto sincero y pomposo con que los honraban; y los elocuentes discursos que se pronunciaban en el aniversario de su muerte, ó mas bien de su nacimiento para la gloria, como decían ellos. ¿no es evidente que en la hipótesis del robo del cuerpo de María, hubieran expuesto á la veneración de los fieles ese glorioso trofeo, y que todavía tendríamos hoy la dicha de conservar de él millares de partículas, así como poseemos los huesos de los apóstoles y de los primeros mártires? Si el cielo ha privado á la tierra de un tesoro semejante, ¿no es evidente que ha sido porque estaba celoso de que lo poseyera?

Al contemplar el sepulcro vacío, no dudaron los cristianos en creer que Dios tuvo cuenta por segunda vez de la humildad de su sierva y quiso preservar de los últimos ultrajes de la muerte las entrañas que encerraron á Jesucristo, el seno virginal que le amamantó, el brazo que le llevó, los pies que se fatigaron acompañándole al Calvario, el corazón cuyo flujo y reflujo de amor divino, no sintió más palpitaciones que las que Él le inspiró, y por último, todos sus delicados miembros, marcados con el sello de una pureza incomparable. ¿Era posible que todo esto fuese presa de los gusanos? ¿No era digno del honor del Padre que glorificase á su Hija por medio de un milagro que la distinguiese de todas las demás criaturas? ¿No exigía el honor del Hijo que se le uniese en su triunfo la que se le había unido en su sacrificio? ¿No era digno del Espíritu Santo que no abandonase á la corrupción del sepulcro á la que había convertido en su propio santuario?

Una razón más poderosa que todo esto, si posible es, debía llamar en alto grado la atención de todos, como llama la de todo el que ha comprendido á María y el plan divino de sus destinos. Los apóstoles y los santos, sean quienes fuesen, nunca serían, mientras duren los siglos, más que instrumentos en manos de Dios. Sólo María fué la asociada de la Trinidad en la obra de la redención y, téngase cuidado en la palabra, asociada por un privilegio de gracia, no hay duda, pero por su libre elección. En la Asunción fué la asociada del Padre y del Espíritu Santo; pero lo fué por su propio consentimiento, y por lo tanto, no lo dió sino después de haber meditado las cláusulas de la acta de sociedad.

¿Cómo será esto? Con una condición: hágase en mí según tu palabra: yo soy la sierva del Señor. En la encarnación pasa á ser la asociada del Verbo, concibiéndole con su propia sangre bajo la forma humana, y no formando sino uno con Él, puesto que se forma y reposa en sus entrañas, le nutre con su propia leche, y contrae con Él, por amor, lazos más elevados que los que rasga el Niño al nacer no teniendo más vida que la suya, ni más voluntad que su voluntad, ni más deseo que su gloria. En la redención se le unió adhiriéndose libremente á su muerte, y cooperando con toda la plenitud de sus dolores á su sacrificio y al nacimiento de la Iglesia.

¿No era, pues, justo que después de esta sociedad en la tierra, entrase María á participar de los beneficios de este admirable comercio en la medida de una cooperación finita en la obra infinita de un Dios? ¿No debía ser el primer fruto de esta sociedad de su cuerpo virginal, como el primer fruto para Jesucristo la Resurrección y la Ascensión de su divino cuerpo?

Había proporción entre el Hijo del Hombre-Dios y la madre, simple criatura, porque Jesucristo resucitó por sí mismo, y María fué resucitada por Jesús. Ella podía decir en sentido literal como el Profeta rey: "Mi Asunción es obra del Señor." (Salmo, LXXXVIII, 19). Jesús subió al cielo con el esplendor del triunfo y en presencia de todos sus discípulos, llevándose tras de sí todas las almas justas que esperaban en los limbos el día de su libertad. María subió sola y silenciosamente al lado de su Hijo y apoyada en Él, como convenia á la glorificación de una criatura y á la modestia de su vida.

Esta creencia no fué en su principio más que un pre-entimiento, pero no tardó la revelación en convertirla en certidumbre: "He visto, dice en su Apocalipsis el discípulo amado de Jesús y de María, he visto á la mujer (mulier) he visto á la mujer (todavía repite la mujer) vestida del sol, teniendo la luna á sus pies, y sobre su cabeza, una corona de doce estrellas. (Apoc. I, 1). No se preguntará si la mujer era María? ¿A qué otra mujer pudo rendir el cielo un homenaje semejante? Por esto los doctores, y particularmente San Agustín, los pueblos y la Iglesia que os aplica estas palabras, os reconocen y saludan en esta gloria, oh madre mía. Todos os han proclamado unánimemente reina del cielo y reina de la tierra. Todos nos complacemos también en consideraros allá en el cielo junto á vuestro divino Hijo, en un trono superior de brillo y esplendor á todos los tronos, excepto el trono del mismo Dios. ¡Cuánto se dilata mi corazón al contemplar vuestra exaltación, en cambio de lo que gemí viendo vuestras humillaciones! Sed glorificada por toda la corte celestial, bendita por todas las generaciones de la tierra y celebrada por todos los siglos de los siglos.

¿Pero reserva una madre toda su gloria para sí y queda su corazón satisfecho al ver cumplidos sus deseos? Jesús, á quien vió tan niño, envuelto en pañales y reclinado en un pesebre, resplandeciente ahora con toda la gloria divina y está sentado á la derecha de su Padre. María le amamantó, le llevó al destierro, y le enseñó á trabajar en el taller de un artesano. Hoy saluda en Él al Soberano del cielo y de la tierra. Se separó de Él durante su vida pública y después de su muerte. Hoy le posee de nuevo sin temor de perderle. Le vió respirar en el Calvario entre dos ladrones, cubierto de oprobio. Hoy le contempla entre *los hosanna* de la corte celestial, delante de todos los ángeles y de todos los santos que forman su corona. Muchas veces se quejó de sus aparentes rigores. Desde hoy mas sólo recibirá brillantes testimonios de su ternura infinita.

El corazón de María es sumergido en un océano de delicias, adora á Jesús, le ama y puede repetírselo sin cesar, sin cansarse de expresarle su amor eterno. Contesten á mi pregunta todas las madres: ¿No es ésta para una madre una verdadera dicha? Pues esta es la dicha de que goza hoy María.—(Monseñor Pavy, Obispo de Argel, Mes de María).

ARTÍCULO V

PLATICA XXX

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

Del cielo hemos recibido, hermanos míos, la existencia, y al cielo deben dirigirse todas las tendencias de nuestra alma para que lleguemos así al deseado término de nuestra vida terrestre apoyados en la protección de la Santísima Virgen.

Llegaremos sin duda á él si procuramos imitar la resignación admirable que puso en práctica María en medio de las pruebas porque pasó, y si como ella, ó más bien junto á ella, sabemos someter nuestra vida á la fe fundamental de la penitencia.

He dicho la fe fundamental, y creo que este calificativo será considerado exacto por todo el que conozca un poco el evangelio. Este libro santo predica la penitencia desde la primera á la última página. Toda la economía cristiana descansa en este dogma, que no debe ser puramente especulativo, sino que debemos observarlo. «En verdad, en verdad os digo, que si no hacéis penitencia todos pereceréis.»

Siendo, por decirlo así, la piedra angular de la Iglesia, María se sujetó á esta rigurosa obligación, aunque no estaba obligada á ello. Su vida no fué sino una serie de su-

frimientos; sufrimientos que no sólo soportó con paciencia, sino que quiso pasarlos y los aceptó libremente con gozo. Desde el momento en que comenzó su vida de madre de Dios, entrevió el doloroso camino que debía recorrer; y en vez de dudar y retroceder, entró voluntariamente en él, de modo que destruyó de antemano la falsa idea de que los dolores de María no serían otra cosa más que una consecuencia del privilegio de su maternidad, consecuencia necesaria, inevitable, de la que no hubiera podido librarse nunca.

Para animarnos á caminar á nuestra vez en la vía de la penitencia, penosa siempre para la naturaleza, meditemos sobre las huellas que ha dejado impresas en ella María.

En la diversidad de sufrimientos voluntarios ó forzosos que el mundo nos proporciona, los pasamos de todas clases y condiciones; pero los sufrimientos más profundos son sin disputa los de las madres. Todos los demás se calman más ó menos aprisa; los de las madres no se curan nunca y no tienen consuelo. El corazón maternal no se cura jamás de las heridas abiertas en él por el dolor. «No me llames *Noemi*, sino amarga, decía una vez una de ellas, que acababa de perder á sus hijas. No tratéis de consolarme, porque el Señor me ha llenado de amarguras.

Al cantar un día el profeta Jeremías los dolores maternales, sintió inspirada su alma por imágenes brillantísimas: Un día resonó una vez en Roma: *Vox in Rama audita est*. Eran unos llantos y gemidos como nunca se habían oído. *Ploratus et ululatus inauditus*. Era Rachel que lloraba y no quería ser consolada: *et noluit consolari*. ¿Por qué así? Porque sus hijos no existían ya: *quia non sunt*.

Si tal es el corazón de las madres ordinarias; si el dolor abre en él heridas que no se cierran; si viene á ser un santuario misterioso y casi impenetrable, ¿qué no sería,